

## METAFÍSICA Y CIENCIA

**Hasan Gómez:** *Ud. ha mencionado varias oposiciones, como por ejemplo “Oculto” y “Manifiesto”, “Trascendente” e “Inmanente”, “Uno” y “Múltiple”, “Arquetipos” y “Seres creados”. Muchos de esos términos pertenecen exclusivamente al campo del conocimiento metafísico. Pero, ¿qué relación puede establecerse entre la metafísica y la ciencia? La filosofía occidental, como vemos por ejemplo en Kant, se esforzó en fundamentar la posibilidad del conocimiento científico, cuyo ulterior desarrollo llevó a Occidente a un lugar preponderante en el mundo contemporáneo ¿Cómo fundar, a partir de la metafísica que Ud. enseña, una ciencia coherente con ella?*

**Sheij Alí Al Husainí:** En primer lugar, los términos opuestos de la metafísica no son contradictorios. Las palabras “opuesto” y “contradictorio” no son equivalentes: “Opuesto” es lo alterno, lo que tiene una posición distinta a otro, y “contrario” (o “contradictorio”) es lo que anula (o lo pretende) al otro y ocupa su puesto. Opuestos pueden ser la vida y la muerte, en el orden de la experiencia humana, porque, de hecho, una no trata de suplantar a la otra, sino que constituyen un régimen que podemos observar en la naturaleza, por el cual las cosas se van renovando en una forma bastante armónica. Mientras que contrarios son, por ejemplo, la verdad y la mentira (o el error), porque donde existe una no puede existir la otra. Ahora bien, los términos metafísicos opuestos no son contrarios sino complementarios. Los términos “trascendente” e “inmanente”, por ejemplo, son ambiguos en sí mismos, los dos indican lo mismo: “trascendente”, quiere decir lo que va más allá y se oculta, pero, a su vez, permanece, a su modo, manifiesto; “inmanente”, es lo que está presente, pero, al mismo tiempo, oculto. En realidad, expresan la misma idea desde dos puntos de vista diferentes. Lo mismo podemos decir respecto a “interior” y “exterior”: Interior se dice con referencia a lo exterior, y exterior con referencia a lo interior, y no se pueden escindir ambos términos, son opuestos y complementarios, no contrarios, porque uno sin el otro no puede existir. De ese modo se consideran los opuestos en la metafísica tradicional, tan coherente ella que utiliza, al margen de cualquier discusión posible, por necesidad lógica, lo implícito en la realidad: Lo manifiesto implica a lo oculto, lo exterior a lo interior, lo trascendente a lo inmanente, y viceversa. La metafísica tradicional no hace más que relevar este modo de ser de la realidad, y del intelecto, constitutivo de la realidad.

Después de todo, al ser la metafísica puramente intelectual, no es más que un despliegue del intelecto humano, maravilloso, por cierto.

Restringirse a los fenómenos para analizar y conocer la realidad es un intento absurdo. Ya hemos mencionado la distinción que hay entre ser y realidad. La realidad no se reduce a los fenómenos, y éstos no le explican al hombre todo lo que él quiere saber. Por eso se lanza más allá de los fenómenos, con el peligro de caer en el error o la falsedad, ciertamente, pero, este peligro también está implícito en la ciencia, como en cualquier tipo de especulación racional. Así como la ciencia pretende un sistema para conocer los fenómenos, la metafísica se presenta como un sistema para conocer la realidad, sin excluir de ella ningún aspecto, una experiencia de fondo que le dice al hombre que hay una realidad abarcativa total, coherente y, en última instancia, infinita, que él no puede explicar del todo, pero que debe intentarlo de alguna manera.

Ud. pregunta “¿cómo se enlaza la metafísica con la ciencia?”, ¿acaso nuestra metafísica proyecta una dicotomía de la realidad?: De ningún modo, por el contrario, tiene como rasgo distintivo de su conocimiento el referirse a la Unidad, al orden, jerarquía y grado de la realidad, y proyectar todo ello en una concepción armónica, que va más allá de los fenómenos. Por lo tanto, la metafísica explicaría el fundamento de los fenómenos, e incluso de la ciencia dedicada al estudio de los mismos. Debería empezarse, de acuerdo a una gradación lógica, por conocer la metafísica antes que los fenómenos. El hombre de ciencia, en general, procede según la experiencia vulgar y común del hombre corriente, que va de la percepción de los sentidos a la comprensión abstracta. Por el contrario, el hombre de sabiduría va de la concepción abstracta a la comprensión de los fenómenos sensibles. Ambas deberían complementarse y constituir un todo armónico: Hay dos direcciones del conocimiento, una que podríamos llamar “dirección vulgar”, gráficamente hablando “de abajo hacia arriba”, de lo sensible a lo abstracto; y otra, la dirección correcta, que desciende de lo abstracto a lo sensible. En tanto que la metafísica es puramente intelectual, constituye el método correcto para el conocimiento de la realidad, sin descartar al otro, pues los fenómenos son signos de la realidad, pero atenerse exclusivamente a ellos no alcanza para conocerla. En tal sentido, la ciencia actual, bajo el modelo de conocimiento “vulgar”, restringida al fenómeno, no explica la realidad en su totalidad.

**Hasan Gómez:** *Pero, inclusive, las culturas más tradicionales siguen incorporando los adelantos tecnológicos provenientes de la “ciencia occidental”. ¿Acaso ellos son productos de un error por haber adoptado una vía equivocada?*

**Sheij Alí Al Husainí:** Habría que distinguir primero entre ciencia y técnica. Históricamente, lo que precede en el conocimiento de los fenómenos, más que la ciencia, es la técnica: El hombre ha implementado mecanismos para beneficiarse de la naturaleza y poder sobrevivir, los procedimientos técnicos, mucho antes de pensar abstractamente en la composición de la materia, por ejemplo; el hombre ha conocido primero el arado, antes que las estructuras geológicas de la tierra. La técnica como necesidad de la vida resulta imprescindible, no es aleatoria o secundaria, y en la medida que se ha desarrollado superlativamente ha beneficiado al hombre. Pero, por las características y rasgos de negatividad que ha tenido, no la técnica en sí misma, sino la concepción del hombre acerca de la vida, se han producido técnicas cuya aplicación ha sido dañina. La técnica, por sí misma, nunca implica un uso destructivo o negativo de la naturaleza. Por el contrario, históricamente siempre intentó benéficamente poner al servicio del hombre las fuerzas del medio. Hasta que el hombre de nuestra época, debido a cierta concepción materialista del mundo, produjo hechos sumamente negativos, como por ejemplo la aplicación de la energía atómica a la destrucción masiva, y otros muchos usos de la técnica que, por suerte, son marginales. Ella ha traído, también, los medios de transporte modernos, las computadoras, y una serie de beneficios enormes para el ser humano, innegables, por cierto. Entonces, el problema no está en la técnica sino en la teoría que la domina, en una ciencia que se ha independizado de sus bases morales, en una concepción materialista del mundo meramente utilitaria o pragmática, no imbuida de fundamentos metafísicos. El mismo científico se concibe a sí mismo de una manera sumamente extraña, porque es posible que tenga un conocimiento formidable sobre la naturaleza, pero un desconocimiento también formidable sobre el significado del hombre. El siglo XX ha presenciado ejércitos de científicos al servicio del poder de los estados opresores, como ha sucedido en la Alemania nazi, en la Rusia comunista, o en el sistema capitalista liderado por los EE.UU. y algunos países de Europa. Científicos que, por el salario, no han tenido ninguna limitación ética para producir armas bacteriológicas, químicas, o nucleares, sumamente destructivas. Pero se continúa con un sistema de producción perjudicial, a

pesar de que se sabe que estamos depredando la naturaleza. Sistema totalmente suicida, como vemos por ejemplo con la destrucción de los bosques y de la selva amazónica, la polución del aire, la destrucción de la capa de ozono, la contaminación de las aguas, y la construcción de centrales atómicas que no tienen garantía, y que, en cualquier momento, pueden producir un desastre, como ha sucedido en Chernobyl, y en Japón, hace algunos años. La técnica se ha desarrollado de un modo superlativo, al servicio de un pensamiento que no tiene fundamentos metafísicos, ni límites éticos. Y este panorama abarca a todo el complejo científico, como se aprecia en la medicina, la genética (1), o la bio-tecnología. La omnipotencia del científico, que cree haber ocupado el puesto de Dios ante la naturaleza, es su error fundamental. Y las consecuencias de ese error no se limitan hoy en día a unos pocos individuos, como sucedió en siglos anteriores, pues se han creado supra-sistemas de poder, y toda comunidad debe obedecer cierta concepción de la vida negativa para la naturaleza y para el hombre. Ya no depende de un individuo que haga o deje de hacer un invento, como sucedía en la época romántica de los progresos científicos, ahora depende de equipos de investigación, pagados por el poder al servicio de los grandes grupos económicos. ¿Cómo se detiene esto? Ya no hay lamentablemente paliativos a nivel individual, el cambio debe ser global, de conjunto, total. Ya no se propone un estilo de vida alternativo, como el que planteaba, por ejemplo, Rousseau en el siglo XVIII, un modo de vida bucólico, según la naturaleza. En doscientos años eso se ha terminado, sólo queda el estilo de vida “civilizado”, urbano, regido por un sistema económico-científico-tecnológico que absorbe a todos los individuos, y no les deja independencia para salir del mismo. Si alguno quiere escapar de él, y se va al campo, no sabe cómo vivir, necesita ser reeducado para existir de acuerdo a la naturaleza, lo cual debería ser innato. Hoy encontramos en las librerías obras que enseñan cómo vivir en el campo, o cómo afrontar y solucionar problemas de ese tipo. Muchos chicos de la ciudad, por ejemplo, no han tenido contacto con la naturaleza, ni siquiera saben cómo una gallina pone un huevo. Esto es grave, pero se trata de un periodo muy corto de la historia que nos toca vivir. Otro de los grandes fenómenos del mundo actual es el crecimiento desmedido de la población, de tal manera que se ha producido una fuerte expansión de comunidades cuya población era muchísimo menor, y eso permitía una mejor sistematización, un mayor orden de tales sociedades, de la enseñanza, de la educación, del desarrollo de cada individuo, de la formación de grupos intelectuales. La explosión demográfica incidió fuertemente en la

consolidación de lo que hemos llamado supra-sistema económico-científico-tecnológico, que puso a los individuos a su servicio y anuló todo tipo de alternativas. Y esto nos pone frente a un gran dilema: Para organizar una sociedad hoy se requiere de un desarrollo técnico muy grande, cubrir muchas necesidades y, en la medida en que el aspecto técnico está muy desarrollado, se produce, como contrapartida, un retroceso de los conocimientos puramente intelectuales, como lo es la metafísica, y de las prácticas espirituales, como es la religión. Esto está ejemplificado en el industrialismo, que absorbió prácticamente la mayor parte de la población, y la fue socializando de acuerdo a los términos de la industria, pues esta infunde también un modo de pensamiento. El sistema de vida que uno adopta determina lo que uno es, eso no se inventa. Ese sistema es por definición plural y compartido, y todo grupo humano dedicado a una actividad determinada, previamente definida, constituye de hecho un sistema de vida. El individuo que entraba en el sistema de producción industrial (2), en su pensamiento, en su estilo de vida, pasaba a regirse por pautas que no tienen nada que ver con nuestro conocimiento metafísico.

A su pregunta no se le puede dar una respuesta unívoca, porque la cuestión implica replantear todo un sistema de vida, el modelo de organización social, la concepción política basada en determinada posición filosófica, etc. Deberíamos dar una respuesta plural, que abarque al menos, los aspectos que mencionamos.

**HG:** *¿Por qué realiza Ud. una distinción entre los objetos de la vida práctica y los objetos científicos?*

**SAH:** El mundo definido por la ciencia está compuesto de un conjunto de objetos posibles, todos aquéllos que ella investiga. El hombre en estado naturaleza recurre a esta para medicarse, por ejemplo, y conoce su virtualidad efectiva contra el dolor o la enfermedad, luego supone que la naturaleza es valiosísima en sí misma, que tiene cierta sacralidad, por lo que él la respeta y no la destruye sino, por el contrario, procura cuidarla cuanto le sea posible. En cambio, el científico ante la misma situación procede con una batería mucho más grande de argumentos que el hombre en estado de naturaleza, clasificando, analizando los componentes de la naturaleza, quizás, también, definiendo cuáles son sus principios activos contra las mismas enfermedades, y después, reduciendo todo esto a su elaboración sintética en los laboratorios, para su comercialización. Son dos actitudes muy diferentes,

una que sacraliza la naturaleza y la valora más allá del plano efectivo, y otra que la manipula, la desacraliza, considerándola simplemente como un compuesto de sustancias activas que se pueden aislar y reproducir en laboratorio. Esto de hecho no está mal, pero se pierde aquella valorización sagrada, y para peor, se crea un mundo donde de manipular la planta se pasa a manipular al animal, y de este al hombre. Ninguno constituye ya un fin en sí mismo, sino simplemente un medio pasible de usar y hasta de destruir, de acuerdo a las circunstancias y necesidades. Pueden darse muchos otros ejemplos similares del materialismo actual.

Aún más, la realidad ordinaria, con la que confronta la experiencia humana del mundo, supone de por sí, y sin necesidad de recurrir a ninguna manipulación científica, una realidad aparente, decaída, en lugar de la propia realidad real alusiva, con sus indicios o signos en el ser. El agua que bebo, y que resulta exquisita bajando de las montañas, maravillosamente pura, como manando de la fuente de la vida, para el científico es sólo H<sub>2</sub>O, o motivo de una represa, o de cualquier otro negocio.

**HG:** *Dijo Ud. que en la naturaleza se concretan las posibilidades que están en la mente del hombre. Entonces, antes de la aparición del hombre en la tierra, ¿dónde estaban las ideas que dieron concreción a la aparición de la naturaleza?*

**SAH:** Acá tenemos que recurrir a un principio muy elemental de la metafísica que dice: Lo que es primero metafísicamente se produce último materialmente. Esa correspondencia entre lo primero y lo último es la que explica por qué la naturaleza antecede a la aparición del hombre, y cuando decimos “hombre”, decimos “conocimiento”, “racional”, “autónomo”. Él antecede en el plano metafísico, pero es último en el plano de lo físico. Las religiones simbolizan esto como que Dios toma la materia, que antecede, por lo tanto, en la creación, y después sopla el espíritu, que es el intelecto. ¿Pensaremos acaso que ese intelecto, el espíritu que sopla Dios, no antecedería a la materia?: ¡No! Por otro lado, cuando hablamos de estas cosas introducimos la variante bastante perturbadora de la temporalidad, pero metafísicamente no hay una lógica de la temporalidad. Es decir que la precedencia del intelecto, del espíritu, del conocimiento, es lógica y no temporal. Solamente que aparece último (y “aparecer” deriva de “apariencia”), o como una manifestación posterior en lo físico.

**HG:** *Mientras Ud. mencionaba las categorías metafísicas iba recordando la Teoría Sintética de la Evolución, versión actualizada de la teoría de Darwin, que incorporó a ella algunos adelantos en el estudio de las mutaciones y la genética. Si suponemos la existencia de un arquetipo de carácter metafísico, no fenoménico, del cual derivan los particulares, cada uno de ellos emparentado a su especie, pero con alguna variación, como si fueran fractales de ese arquetipo inicial. Si pudiéramos admitir que las posibilidades de aparición de particulares, en una población lo suficientemente grande, a lo largo del tiempo, daría por resultado la concreción de todas las variantes posibles; en un punto determinado, la ciencia establecería un corte: habrá un individuo lo suficientemente diferente o distinto como para ser incluido en otra especie. Este corte parecería ser arbitrario si consideramos a la naturaleza como un todo, sin solución de continuidad, porque si bien al presente, no están desarrollados todos los particulares, en un lapso indefinidamente grande podríamos tener la aparición completa de todos ellos, en continuidad absoluta unos con otros, en distintos rangos o jerarquías. ¿Qué relación podemos concebir entre los seres creados y los arquetipos universales?*

**SAH:** Bueno, primero y principal, cuando nosotros planteamos una visión metafísica tratamos de relacionar dos esferas o polos, el metafísico y el físico. Y suponemos que lo metafísico es mucho más amplio, y que lo que está en lo físico, previamente estuvo en lo metafísico, aunque sea un átomo. No estamos hablando de un arquetipo universal del tipo de Adán para el resto de los seres, porque Adán resulta un arquetipo biológico, del mundo fenoménico. Aunque lo pensemos como un ente metafísico, o, como lo hacen las religiones, como un ser completo, un hombre en el jardín paradisíaco, Adán es un ente biológico, participa del mundo, un ente físico en el plano de la Creación, aunque la religión lo represente en un nivel elevadísimo. Después de todo, la tradición cercanoriental nunca pensó que ese nivel donde aparecen Adán y Eva fuera celestial, sino que lo concibieron como terrenal. No plantearon ninguna “caída”, sino una degradación. Adán y Eva, y toda la naturaleza, contraían, según ellos, un desequilibrio en el orden espiritual, que desde entonces les comunicaba la sexualidad, el envejecimiento, el dolor, la muerte, las falencias éticas y físicas, el olvido, la envidia, la violencia, la necesidad de trabajar y auto-sostenerse, etc. Tal era la tradición más remota, inclusive anterior a La Biblia.

Entonces, toda vez que imaginemos un ente fenoménico no estaremos hablando del mundo de la Manifestación, o metafísico puro, de entes puramente inteligibles. Pero, por otra parte, no piense que hay “un arquetipo metafísico” correspondiente a muchos individuos en el plano fenoménico, sino que, así como este plano es rico en multiplicidad, mucho más rico, en realidad, es el mundo metafísico, y contiene muchas más particularidades que el fenoménico y pasajero. El plano fenoménico es como un anillo perdido en un desierto, simbolizando este último al mundo metafísico. En suma, no estamos hablando de entes que tuvieron inicio en esta tierra, y que fueron los ancestros de otros entes posteriores, que, según la teoría de la evolución, se fueron diferenciando en especies.

**HG:** *En el hinduismo, dentro de la “Trimurti” (a veces traducida como “trinidad”) Shiva es representado comúnmente como destructor. Cuando Ud. habla de novación continua, ¿no queda implícito, en tal concepto el de “destrucción” (o “muerte”), y “recreación”?*

**SAH:** Podemos sostener que toda aparición debe tener un antecedente, y no hay nada en absoluto nuevo, porque hay algo que lo causa, o le da razón de ser. Esta es una posición posible, que a la aparición de algo no la remite a la “nada”, cualquier cosa de que se trate.

La otra posición es la que sostiene que, siendo lo Absoluto el Principio de todas las cosas, por lo tanto, la misma idea de Absoluto implica lo “novísimo”, lo que no tiene antecedentes antes de su aparición. ¿Qué significa esto?: Que si lo que aparece es remitido a lo Absoluto, no presenta en sí mismo razón de ser alguna suficiente, para ser lo que es, y su aparición o existencia resulta así completamente arbitraria.

En definitiva, no hay ninguna muerte, pues si lo que aparece, aparece por algo que da razón de su ser, y tal razón no está en sí mismo, sino fuera de él (es *per allio* y no *per se*), por lo tanto, no hay razón alguna, tampoco, para que deje de ser. Para decirlo de otro modo, si el ser presenta ciertas condiciones, como por ejemplo la perecibilidad, aquello que le da razón de ser y le antecede debería, por principio, ser heterogéneo al ser, y no presentar ninguna perecibilidad. No hay ninguna razón, entonces, para que el ser, cuyo origen se remite a lo que es anterior a él, deje de ser, porque su causa no perezca. En otras palabras, si a la perecibilidad antecede la eternidad, y en la eternidad está la razón de lo que aparece caracterizado por la perecibilidad, por lo tanto, esa razón nunca deja de existir, porque ello sería

contradictorio con la eternidad, y de allí que la razón de ser de lo perecedero sería eterna.

Es un pensamiento difícil, pero tan justificable como el otro, que dice que todo debe tener un antecedente necesario dentro de la esfera del ser, para ser lo que es. Y, por lo tanto, es necesariamente perecedero, porque todo lo que aparece en el ser cambia, declina, se destruye, desaparece, perece. Nuestro punto de vista trasciende la esfera del ser, y sostiene que, si la razón de este último está en lo Absoluto, por lo tanto, es eterna, y, de tal modo, el ser, al tener una razón eterna, adquiere la condición de eternidad de su razón. Por eso, la destrucción es aparente.

Esto nos conecta al tema de la apariencia, al de la temporalidad y a la novación continua, los cuales ya hemos tratado. Todo esto se debe a que el ser es relativo, y las condiciones de lo relativo son heterogéneas a las de lo Absoluto. Mientras que lo Absoluto tiene la experiencia exhaustiva y total de todas las cosas, la de lo relativo es una experiencia limitada. Si pensamos a lo Absoluto como toda la masa de luz que existe en el Universo, y que dentro de ella se da la gama de los colores, que no existirían si no hubiera luz, cada uno de ellos es relativo, tiene sus propios límites. Las condiciones que presenta un color se deben a que es parte y no todo, y mientras que la luz puede cubrir todas las cosas, un color se encuentra limitadamente sólo en algunas. Por otro lado, un color tiene una intensidad determinada, y no la intensidad total de la luz.

**HG:** *¿En qué consiste el animismo?*

**SAH:** El animismo, dentro de la mentalidad primitiva, es un trabajo con fuerzas positivas de la naturaleza, y puede resultar totalmente bueno, hasta el punto que, cuando decimos que los maestros superiores de la humanidad influyeron sobre la vida y la naturaleza, estaban ejerciendo las mismas fuerzas en las cuales los animistas creían. “Todo está lleno de dioses”, dijeron alguna vez. Todo lo que tenga vida tiene un significado espiritual, y las comunidades primitivas de América, por ejemplo, se caracterizaron por estar más cerca de la tierra, es decir de los fenómenos telúricos, y hasta tomaron a la tierra como madre, y como diosa, seno de todo tipo de vida. Otras comunidades no americanas tienen otros parámetros, pero es característico de las americanas comprender, sobre todo, la naturaleza: El viento, el agua, la tierra, los vegetales, y hablar a la tierra en su lenguaje. Todo tipo de ente natural es posible de ser convocado por aquello que constituye su significado

espiritual. Hay en eso como una simpatía espiritual, no un ser concreto detrás, pero sí hay una energía simpática, que cuando entramos en esa frecuencia podemos aprovechar al máximo la naturaleza, o alguna cosa específica de ella, pero sin dañarla. En cambio, cuando estamos en contradicción con ella, destruimos la naturaleza, y nos perjudicamos a nosotros mismos. El hombre tiene una imbricación con la naturaleza, una interrelación tal que todo lo que él haga, aún cuando sólo se trate de aprovecharla, repercute en ella, tanto lo bueno como lo malo. Si el hombre sabe dialogar con la naturaleza, extraerá de ella lo mejor, y logrará muchas otras cosas, mientras que la frialdad y la crueldad de la técnica materialista (no vamos a englobar a toda la técnica, que es una expresión de la civilización) destruye, depreda, crea polución, corrompe las aguas, etc. ¿Pensemos cómo, en determinadas épocas, algunos hombres hicieron cosas que la técnica actual no puede reproducir, como las pirámides, por ejemplo? Es porque conocieron ciertas fuerzas implícitas en la naturaleza, que la civilización técnica materialista nunca podría usar. Esta técnica emplea un método verdaderamente salvaje para lograr resultados muy inferiores a los logrados en las pirámides, con toda la sabiduría que contiene esa construcción: Sus medidas, su orientación, la ubicación, los campos de energía que suscitan, la perfección de los encastrados entre las piedras, el acoplamiento de grandes bloques sin herramientas como las actuales, el transporte de las mismas desde centenares de kilómetros al sitio donde se construyeron. Esto es una prueba de la imbecilidad moderna que cree que todo se logra mediante la práctica de un tipo de técnica que es cruel para con la naturaleza, técnica fría, muda, e ignorante de las fuerzas implícitas en aquella. En el futuro, al-Hamdu lil-Lah, mediante la restauración de las fuerzas espirituales en la tierra, se van a redescubrir fuerzas implícitas en la naturaleza, y se van a desechar una técnica que nos llevan al suicidio.

**Notas:**

*(1) Hoy observamos con preocupación la difusión de las técnicas de clonación en animales, y su eventual aplicación en seres humanos.*

*(2) Sistema que rigió desde la aparición de los grandes establecimientos fabriles de producción en serie hasta los años setenta, de la computación, hasta la aparición de sistemas inteligentes que determinan el cambio de la mentalidad capitalista, basada en la producción, por otra, basada en la oferta de servicios. En la actualidad cambia el concepto de que el capitalismo debe*

*producir objetos, al de que debe servir o perfeccionar los servicios. Pero podemos agregar, sin embargo, que vemos hoy cómo de nuevo el capitalismo salvaje intenta monopolizar la prestación de servicios, por ser la inversión más rentable.*